



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 10 DE AGOSTO DE 2025

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

El ocaso de otoño

ENTRE SUEÑOS Y PESADILLAS

OLGA DE LEÓN G.

Soñé que vivía en la época de Edgar Allan Poe y sus pesadillas me perseguían. Pobre niño-adolescente y hombre, ¡cuánto sufrió!

Y, sin embargo, dulces poemas, escribió antes que sus cuentos de misterio y terror. Ese Cuervo enigmático y silente no es otro que su espíritu atormentado y dolido por la vida y sus desventuras. Nunca lo vi llorar, no obstante, su mirada se perdía entre las nubes de las sombras y la luz de su conciencia apagada a causa del alcohol, para no despertar sospechas sobre la autoría de sus historias tenebrosas, que parecieran dictadas en medio de los horrores ocurridos en el mismo instante de las muertes, todas anunciadas y algunas prematuras.

¿A dónde se fue Poe, a dónde sus padres y hermanos? El padre los abandonó, siendo él, el segundo hijo, aún muy pequeño, y su hermanita recién nacida. ¿Acaso no es este acto -por sí solo- ya una gran tragedia?

Será que lo tétrico me persigue, o soy yo quien con algo semejante quiero empatar. Quiero quitarme los miedos a lo desconocido, a la oscuridad, a las tinieblas de la realidad como de la ficción o fantasía: “Tomar el toro por los cuernos” y sostenerme de ellos como si quisiera que su fuerza me empuje a vencer lo desconocido y armar una coraza impenetrable al miedo. Las sombras me asustan más que las figuras etéreas, volátiles e impalpables captadas a la luz de un día claro y brillante.

Quiso la suerte plantarme en medio de un crimen sin resolver, que investiga toda la familia y algunos amigos y cercanos conocidos. Quien podría -quizás- resolverlo en el camino al final de esta historia es el mismo Poe, o acaso, ¿ya lo resolvió hace más de un siglo? Mis sueños son míos, las historias son de él.

Desperté descansada y con cierta alegría dibujada en el rictus de mis labios aún sin pronunciar palabra alguna. Estaba ahora en otro país, en otra casa, en otro mundo y otro tiempo diferente del que me fui, cuando visité la memoria de Allan Poe. Era un mundo nuevo y lejano de mí y de mis historias relatadas.

La vida nos da vivencias que a ratos nos sorprenden; pero, los sueños, esos nos acercan o nos alejan de la comprensión de la realidad, la que vertimos en palabras en cualquier página que antes fue blanca. Esto dije a una mujer a mi lado que me veía golpear con la yema de mis dedos el teclado de una máquina. Y, definitivamente, creo que nada duele tanto como la incomprensión y la ofensa cometida entre y contra nuestros seres queridos. Pareciera que adivine sus pensamientos, pues no se contuvo y soltó de su dolido corazón: “Los hijos, esos seres que amamos por encima de todo y de cualquiera, por qué nos castigan con sus hirientes palabras...”, me dijo de pronto esa madre atribulada, una mujer de más de sesenta años que me sintió su amiga. ¿Será, continuó, que no se percatan, no piensan en ese momento que, el látigo que levantan contra un padre o una madre, más temprano que tarde con él mismo serán fustigados ellos por sus propios hijos? No obstante, -pensaba yo- con o sin razón real o aparente, quienes ofenden a sus padres, quedarán marcados



como malos hijos...Y, se borrará todo lo bueno que hayan hecho antes del maltrato a su padre o madre. “Por mis hijos, siguió diciéndome la madre llorosa, oro a diario y pido a Dios, su misericordia: porque no saben lo que hacen, los siegan rencores añejos”. La vida es tan corta, le dije yo, y ver que la desperdician con odios y rencores fatuos, es desesperante e insólito.

Tuve un sueño despierta, con los ojos bien abiertos, soñé que soñaba que vivía en el siglo pasado, cuando Allan Poe aún vivía. Y soñé que me contaba, antes de morir, su fantasía sobre la Rue Morgue... entonces, fue cuando yo imaginé a hijos convertidos en malvados castigadores del padre... Qué enredos se hacen con los sueños y lo que hemos leído.

No sé cuánto tiempo habrá transcurrido entre la primera vez que me desperté y la segunda y tercera; sí, fueron tres regresos a la realidad y muchos sueños entremezclados con “El corazón delator”, y otros cuentos de Poe, además de dos relecturas de su poema, “El cuervo”.

Me encanta Poe, en efecto, pienso como sus mejores críticos que es el escritor que fue, desde sus inicios, maestro de la prosa y la narrativa corta; además de excelso poeta. Como con Juan Rulfo, se habla de antes de y después de: los maestros de la narrativa, cada uno en su propia lengua. Sí los amo a ambos, pero a Allan Poe no debo leerlo o mejor dicho releer ninguno de sus cuentos de horror, en la noche: “tengo corazón de pollo”. Sufro y puede sucederme nuevamente: invento historias en mis sueños que me asustan y no me dejan dormir

tranquila ni de corrido.

EL ESCARMIENTO

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Salí del café a las once de la noche. Esa era la hora en que mi esposa saldría del trabajo y tomaría un taxi al departamento, donde nos encontraríamos arribando aproximadamente a la misma hora, yo minutos más, minutos menos. Ella laboraba en una oficina gubernamental. Yo era estudiante de maestría. Vivíamos al sur, en la Ciudad de México. Tendríamos unos veintitrés años.

Pero aquella no era la rutina. Normalmente le marcaba a las nueve de la noche, desde un teléfono público cercano al café donde yo me metía a estudiar, para preguntarle si estaba a punto de salir. Si la respuesta era afirmativa, yo tomaba un microbús al edificio donde trabajaba y la esperaba en el vestíbulo. De ahí tomábamos un taxi que nos dejaba en el departamento.

Pero aquel día fue distinto. En su oficina debían hacer una entrega urgente esa misma noche, un asunto que había requerido el Secretario. Así es que, a las nueve de la noche, volví al café y seguí estudiando hasta las once de la noche, hora en que ella había estimado, acabaría. Ya no había microbuses hacia su trabajo, así es que caminé directo al departamento. Salí de Perisur y crucé Avenida Insurgentes para seguir sobre Avenida Del Imán y doblé en calle Céforo para tomar finalmente Avenida Pedregal de Carrasco. Allí encontré a un grupo de jóvenes, cinco o seis, quienes caminaban espárcidos, cargando cartones de cervezas. Saludé y trabé amistad. Acepté la invitación para seguirlos al departa-

mento de un cubano que visitaba nuestro país haciendo una maestría en física en la UNAM. Su tesis la dirigía un premio Nobel que visitaba la universidad.

En su departamento comenzamos hablando sobre el cine de Tomás Gutiérrez Alea, no tanto sobre Memorias del Subdesarrollo como sobre Fresa y Chocolate, que era la película que se había estrenado en esos años y que había logrado cierta atención masiva, en comparación con otros de sus trabajos. A mí me estremecían sus close-ups. La plática se extendió toda la noche. Hablamos y hablamos y hablamos. Al cubano le llamaba la atención que tuviera entre sus invitados a un economista con cierta cultura y a mí, que él estudiara un área tan difícil. Al amanecer, quedamos el cubano y yo de tomar un café al día siguiente, en la Fuente de Sodas del Sanborns de Perisur. Nos despedimos y yo continué el camino que había interrumpido rumbo a mi departamento. Arribé a las siete de la mañana. Mi mujer todavía estaba en la cama. Me metí bajo las cobijas y la desperté sin querer. “¿Vienes llegando?”. “Conoci a unos amigos en el camino. Me invitaron a su fiesta”. Fue todo. Ella se levantó para arreglarse e irse al trabajo. Yo dormí.

No era extraño que yo me desvelara toda la noche platicando con amigos. En el departamento donde vivíamos, solían realizarse las fiestas épicas de mi generación de El Colegio de México. Nos amanecía bebiendo y conversando. Al brillar el sol, nos íbamos a desayunar al Sanborns de Perisur. Nos despedíamos almorzados

Por la tarde de aquel desvelado día, me encontré con el estudiante de física. Pensé que la plática sería interesante; sin embargo, sin el alcohol y la noche vigilándonos, fue una plática, más bien, un poco sosa, con pocas aspiraciones. Pero al final, antes de pedir la cuenta, dijo algo que guardaría en la memoria el resto de mi vida: “Lo importante es cambiar de carril en el momento adecuado”.

Me dejó pensando. ¿Había él cambiado de carril alguna vez en la vida? ¿Por qué me lo decía a mí, que estaba dispuesto a entregar mi vida por el estudio de la economía? ¿Jamás la dejaría!

La vida siempre nos da sorpresas.

Jamás imaginé que, efectivamente, algún día intentaría dejar la economía por la composición musical y la práctica de las artes. Me tragaría todo el encanto y el desencanto de la historia del egresado fracasado de Harvard. ¡Cuántas expectativas no habría levantado en mis días de estudiante! ¡Un día llegaría a firmar billetes y monedas, o haría presupuestos nacionales! Pero nada de eso, porque me tocaría llevar la vida de un agente secreto, acompañante de Batman y Superman, creador y salvaguarda de la vida eterna, guardián del arte y verbo de Dios.

“Charlie, díles así y asá: Dejen de comer tanto, porque si no le gustan al Charlie, se van a quedar esperando. ¡Felices fiestas!”.

“Para quienes obren bien, lo mejor y más. Ni el polvo ni la humillación cubrirán sus rostros. Esos morarán en el Jardín eternamente”. (Corán 10:26).

“Así se ha cumplido la sentencia de tu Señor contra los perversos: no creerán”. (Corán 10:33).



Rodrigo Caro

(Utrera, 1573 - Sevilla, 1647) Escritor español. Rodrigo Caro estudió leyes en las universidades de Osuna y de Sevilla, por la que se graduó en 1596; se ordenó luego sacerdote y ejerció la abogacía en su ciudad natal. Trasladado a Sevilla hacia 1620, desempeñó distintos cargos eclesiásticos al servicio del obispado y sobresalió como examinador general y consultor del Santo Oficio.

Alternó estas comisiones con el cultivo de la poesía y la historia local, y tuvo verdadera vocación por la arqueología, llegando a poseer una nutrida biblioteca y un interesante museo. Hombre de vasta cultura, se relacionó con las mentes más preclaras de su tiempo: el pintor Francisco Pacheco, el historiador Juan Francisco Andrés de Uztarroz, los eruditos José Pellicer y Juan de Robles, y poetas como Francisco de Quevedo y Francisco de Rioja, entre otros.

Su obra más conocida es la Canción a las ruinas de Itálica, de la que se conservan cinco copias en dos versiones distintas; se suele editar la quinta por ser poéticamente superior a las demás. Durante mucho tiempo se atribuyó este poema a Francisco de Rioja, pero la crítica reconoció la paternidad de Caro al encontrarse dos fragmentos del mismo en su propia obra. Compuesta de seis estancias regulares de diecisiete versos cada una, la Canción a las ruinas de Itálica gira en torno a los sentimientos que suscita en el poeta la contemplación de las ruinas de la famosa ciudad romana de Itálica, que también habían sido cantadas por Fernando de Herrera y Francisco de Rioja.

De ese modo parece insertarse en una tradición temática, la de las ruinas, que se intensificó en el Barroco y que ya en el Renacimiento había dejado muestras bellísimas; en realidad, el barroquismo del poema es muy tenue, puesto que responde a un modelo más bien neoclásico, alejado de los extremos expresivos de Góngora o Quevedo. En Caro, la desolada visión de la antigua ciudad plantea una melancólica lección de desengaño; la enseñanza moral es la insignificancia, la vanidad, la efímera temporalidad de la vida y del mundo, en un tono cercano al estoicismo. Los críticos señalan este poema como uno de los ejemplos más acabados del clasicismo sevillano, aunque en ocasiones ha sido tachado de frío, retórico o reiterativo.

El resto de su producción, escrita en castellano y en latín, posee un carácter eminentemente erudito, y aún no ha sido completamente divulgada, pues muchos de sus manuscritos todavía no han sido editados. Destacan con fuerza singular los dos volúmenes sobre arqueología e historia local: Antigüedad de la villa de Utrera (1622) y Antigüedades y Principado de la ilustrísima ciudad de Sevilla (1634). Compuso asimismo una interesante colección de biografías titulada Claros varones en letras naturales en la ilustrísima ciudad de Sevilla. Con el seudónimo de Juan Caro publicó Días geniales o lúdricos (1626), repertorio folclórico en el que, en forma de diálogo, se recogen y describen numerosas costumbres españolas desde los tiempos de los primeros pobladores iberos. Su ambiciosa obra Dioses antiguos de España se ha perdido. En otro tiempo se atribuyó a Caro la autoría de la Epístola moral a Fabio, que hoy sabemos que fue escrita por Andrés Fernández de Andrada.

ad pédem literae

Si el tiempo es lo más caro, la pérdida de tiempo es el mayor de los derroches.

Benjamin Franklin

Letras de buen humor

Opino que a los cincuenta, cada uno tiene la cara que se merece

George Orwell

Adriana Malvido

La memoria de Rodrigo Moya

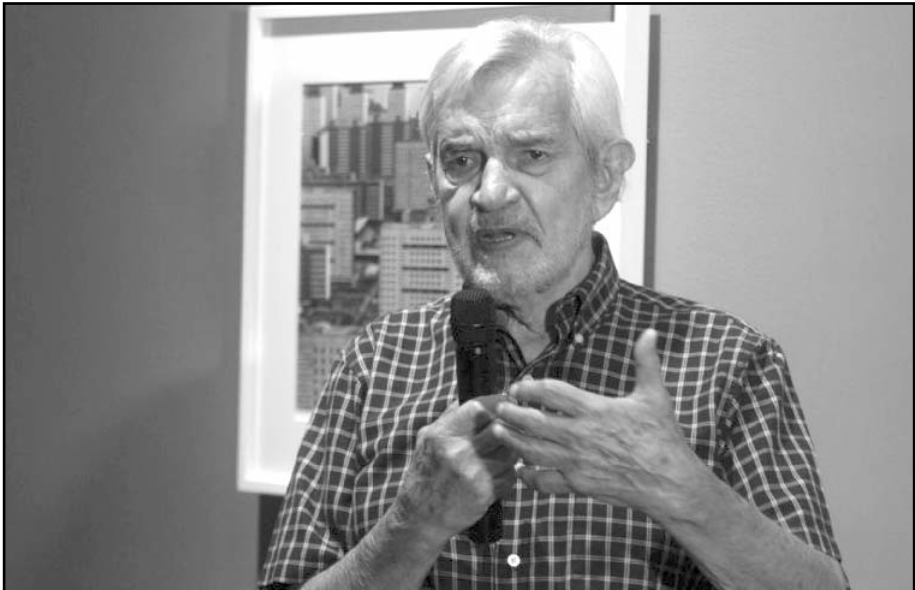
En la primavera de 2002, Pedro Valtierra me llamó para decirme que Rodrigo Moya vivía en Cuernavaca y que le dedicaría un número de Cuartoscuro, por lo que me invitaba a hacerle la entrevista. Sabía que era figura clave en la historia de la fotografía en México, pero admito que pensaba en él como una leyenda o figura mitológica. Cuando se hablaba de los pilares del oficio, estaban los Casasola, Nacho López, Héctor García, Rodrigo Moya... Para mi sorpresa, estaba vivo, reaparecía con su archivo y nos esperaba en su casa.

Y es que Moya guardó su cámara fotográfica durante 30 años. Se fue al mar y éste lo devoró por más de un cuarto de siglo. Se hizo escritor, ganó importantes premios como cuentista; se convirtió en editor, buzo, jardinero. Y miles de negativos quedaron enterrados en cajas de cartón, esperando; 40 mil imágenes, en su mayoría inéditas, sobrevivían guardadas. Y fue hasta 1998 cuando libró la muerte a causa de un cáncer que, a sugerencia de su compañera de vida, Susan Flaherty, decidió abrir el archivo y no sólo recuperó su memoria, sino un retrato único de México (de 1955 a 1968), un documento de frac-

ciones de tiempo robadas a la vida que resucitaban junto con él para recordarle su verdadera vocación: el "prodigioso fenómeno" de la fotografía.

Valtierra me aseguró que la entrevista sería temprana y que estaríamos de regreso al mediodía. Volvimos muy avanzada la noche llenos de imágenes y de historias en la cabeza. Porque entrar a esa casa y sumergirse en el archivo con Moya era una aventura sin fin. Pero también una lección de historia, de arte, de humanismo y de ética periodística.

Imborrable la escena: Rodrigo Moya abre uno a uno los sobres de su archivo. Miles de imágenes recorren nuestros ojos y revelan parte de la historia de México que los diarios no contaron; capítulos de Latinoamérica que nuestros ojos no vieron; retratos inéditos de líderes, artistas, escritores, gente de teatro y cine. Ensayos sobre el campo y la vivienda, la pobreza y la tierra, los niños y los barrios, monumentos históricos y sitios arqueológicos... Y revelan, también, la historia de un fotógrafo que se negó a caer en las garras de la corrupción, que se atrevió a desafiar los límites del oficio periodístico, que soñó con cambiar al mundo desde la militancia sin



taparse los ojos y que aspiró a documentar la vida sin hacer a un lado la emoción y la inquietud plástica que heredó del culto secreto a maestros de la lente como Manuel Álvarez Bravo.

Cuando Rodrigo reabrió su archivo, su vida cambió. Una de sus fotos inéditas del Che Guevara ilustraba la portada de Cuartoscuro que agotó dos ediciones. Luego vendría el homenaje en Xalapa con su retrospectiva Fuera de Moda. Después, el primer libro: Rodrigo Moya, foto insurrecta, de Alfonso Morales y Juan Manuel Aurrecoechea y una exposición en el Centro de la Imagen en 2005. El interés de investigadores de México y el extranjero por su obra cobró forma en múltiples

exposiciones. Aquí, Ramón López Quiroga exhibió en su galería la serie El Trenecito, mientras que otras como La eterna infancia y La muerte de Francisco Goitia viajaban al interior del país. Luego se publicó el libro Rodrigo Moya, una mirada documental, de Alberto Castillo... y ya no paró.

El archivo, ordenado y clasificado gracias al apoyo de Susan, luminosa ilustradora de la naturaleza y encuadernadora, es un túnel del tiempo donde las conversaciones con Moya se ilustraban siempre en el mágico idioma del blanco y negro.

Hoy, mientras me duelo por su muerte, encuentro en mi archivo sus historias, sus ideas, cartas y reflexiones sobre fotografía. Próximamente.